

Columnista - Espacio de Opinión

OBRAS COMPLETAS DE GABRIELA MISTRAL

Cuaderno VI NATURALEZA TRASCENDENTE

Selección por
Rodrigo Marcone
Corporación Lat-
SUR30



EXPOSICIÓN PARISINA DE HORTICULTURA

“La bien cultivada”, llama un español a la tierra francesa y apellida justamente. Su honra campesina se cuenta entre las primeras de sus honras, su calidad de guardadora, de vigilante de su generoso suelo de llanura. Mató a tiempo el latifundio, enemigo del justo aprovechamiento, creó la parcela, multiplicó la granja, educó la mano para el abono, la poda y las defensas vegetales (mano de hombre y de mujer por igual). Así se ha vuelto, por bien regada y bien nivelada, “la cabalmente aprovechada”.

El pabellón espacioso del Cours la Reine (Corazón de la Reina) se divide en un cuadro central de legumbres y flores, y dos costados de frutas cananeamente ejemplares.

De las legumbres un cronista cursi no querría ocuparse. Yo afronto con gusto la prueba. Yo, vegetariana cuando puedo, que cuento entre los placeres de mi ojo la peinadura donosa de una hortaliza, su geometría en amarillos, en rojos, en morados, cuando la zanahorias, cuando las betarragas desenterradas y los ajíes maduros.

Aquí en la exposición agrícola, más noble que el pobre salón de otoño de este año, hacen presencia la granja normanda, el huerto jugoso de los Pirineos, el más provenzal, que yo bien conozco, porque me tengo caminada a mi Francia agraria, con apasionada hambre de francés rural.

Coliflores y coles de cuento de niño, disparatadamente grandes, rebosan las líneas rigurosas del cuadro cerrado, con su corazón blanco y excesivo; en las coles moradas caben bien unos niños escondidos de Grimm; las rizadas tienen no sé qué cosa de nidos de alboroto. Unas veinte familias azafrañadas de zanahorias, en huso, en forma de muslo frutal, en aspiración redondeada de fruto, muestran sus nombres diferenciados como los Guisus o los Aostas o los Borbones, nombres que yo repetiré para olvidarte luego... Los rabanitos rojos, con toda su gracia de dedos de duende, los rabanitos aplastados sobre los cuales se ha sentado el elfo, y los alargados en cola de rata roja, de rata del diablo. Están derramados sobre las verduras para dar su grito de color entre un círculo de coliflores y otro concéntrico de papas lechosas, y otro de cebollas de bronce.

Las calabazas ornamentales, las que decoran en una fuente de cristal de roca el comedor de más estilo, hacen el encaje en torno de la pesadez de las berenjenas; corren frisos de calabazas doradas, blancas, jaspeadas, a lo largo de los rombos y los triángulos de leguminosas. Las hay tan maravillosas de color y dureza como las mejores conchas marinas.

Los melones enormes, casi insolentes de abarcadores, han recibido categoría de centro en todos los cuadros. Las pobres cebollas, con no sé qué lujo de lazo de tafeta dura; la remolacha morada que alcanza parentesco con la buena púrpura de Carlomagno; las achicorias, las lechugas, el perejil y los cilantros, en ángulos y círculos



cubistas, crean un conjunto de tapicería vegetal, los gobelinos de legumbres ideados por Picasso...

Mirando estos pabellones frutales, de una opulencia que revive a Canaán, se entienden los mitos de todas las latitudes. Las Ceres y las Pomonas se hacen vivas en estas especies de mapas frutales, por los cuales viaja el ojo desde unos septentriones de manzanas a unos capricornios tenebrosos de uvas grasas. Los agrónomos han ordenado sus cuadros como el modisto de la Rue de la Paix sus vitrinas, a golpes gozosos de color. Aquí como en todo, el francés es el que hace, pero sobre todo el que presenta.

Costeando los pabellones de frutas, ya la tentación de anotar nombres de especies ilustres me gana. Ilustres. ¡Qué genuinas me aparecen estas aristocracias vegetales, manifestadas en carnazones duras, en coloraciones frenéticas de Delacroix, en formas mucho más clásicas por la armonía inaudita que las Junos. Junos de las granjas normandas son, por ejemplo, estas peras Carlos Ernesto, blancas y duras; alguna cosa de cuello de Venus se goza en esta otra, llamada la mantequilla, que es larga y elegante como el mango.

Las manzanas han echado tantas especies y creado tal número de tribus absolutamente diferenciadas desde los días de Eva, que esta se desorientaría mirando la pequeña y roja, casi un granate, que llaman Sikula y que roza los moftetes insolentes de la que llaman giganta: blanquirroja, casi un continente, de pulpa, y pasando los ojos desde esta gris, con no sé qué de saya penitente en el color desabrido, a la que apellidan negra, porque tiene como varios paños rojos superpuestos que le hacen la piel.

Yo veo a fuerza de pasión el otoño de un huerto de Bretaña, con los manzanos cargados de estas aristocracias. Han de decirse de un árbol al de enfrente apodos

expresivos, que yo querría aprender: tan individualizadas han llegado a ser que ya tienen derecho a bifurcarse en castas y a alabarse y desconocerse, desde una a la otra las chatrias, coloreadas, con las búdicas, traslúcidas...

En urna, más que en vitrina, como las joyas, están las uvas próceres, y mi paladar las recuerda en sus sabores ya bien aprendidos: las chasselas de Fontainebleau, no asoman como gajos fabulosos; son naturales como lo perfecto en su color de ala de abeja; la Alfonso Lavallée, negra y enorme, asusta a su vecina y hacia ella van las exclamaciones de los visitantes que en toda exposición no gozan sino a los monstruos: la Napoleón blanca pesa lo que su cepa; su racimo en la mano ha de sentirse como el grave corazón de la tierra; la de Alicante, negra y mediana, abre mi sonrisa con el nombre español y yo casi la señaló como prima al grupo de las señoras; las moscatel de la Provenza, las que el rey René levanta en su mano en el monumento de Aix, como a una hija, han madurado casi a mi costado en este verano de Aviñón, y yo les pongo un gesto de camarada de sol, que las ha visto un mes dorarse quietamente.

“Hay que elegir el lugar y el tiempo para las buenas cosas”, dice el proverbio árabe. En este fin de otoño cae bien semejante convocación de frutos que se hace a las provincias agrarias capitanas: la Provenza, el Perigord, la Normandía, el Rosellón. Y el lugar es París.

Salimos. Al frente está el salón de otoño que no huele a savia contenida como estos pabellones, sino a liebre ultra pasada y que hace voltear los generosos sentidos provenzales, o los chilenos que son míos.

Texto

Gabriela Mistral. Obra Reunida. Tomo VII Prosa. Ediciones Biblioteca Nacional.